

## 803-804 OPUSCULUM QUINQUAGESIMUM SECUNDUM. DE BONO RELIGIOSI STATUS ET VARIARUM ANIMANTIUM TROPOLOGIA.

### ARGUMENTO.

En esta epístola, tras lamentar inmediatamente al inicio los depravados hábitos de los hombres y el calamitoso estado de su tiempo, exalta la felicidad de aquellos que, huyendo de las tempestades del siglo, se refugian en el puerto más seguro de la religión. En este sentido, admira especialmente a los monjes de Casinum: no duda en comparar el monte Casinum con el arca de Noé, que en tiempos del diluvio fue refugio de toda clase de criaturas. De aquí, aprovechando la ocasión, se desvía para describir las naturalezas y propiedades de los animales, que (como hace Epifanio entre los griegos) traduce y adapta maravillosamente a los hábitos y utilidad del hombre.

Al señor DESIDERIO, arcángel de los monjes, y al santo convento, PEDRO, pecador monje, servidumbre.

Quien ha dejado el mundo, considera sabiamente cuántas gracias debe a su libertador Dios, quien no ignora los crímenes del mundo furioso. Pues la vergüenza y la honestidad han perecido; y mientras la disciplina del vigor eclesiástico se derrumba gradualmente, la peste de todos los vicios y depravaciones aumenta día a día. De modo que parece cumplirse en nuestro tiempo sobre todo aquella profecía: «No hay, dice, verdad, no hay misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. Maldición, mentira, homicidio, robo y adulterio han inundado (Oseas IV).» Y como no solo la censura principal no reprime esto, sino que se permite con el favor de un consentimiento jubiloso; y de ahí se extrae risa, cuando no solo se debía gemir, sino también enfurecerse e impacientarse; correctamente se dice después por el mismo profeta: «En su malicia alegraron al rey, y en sus mentiras a los príncipes: todos adulteran, como horno encendido por el cocinero (Oseas VII).» Y como el ardor de la avaricia o la lujuria primero corrompe a los príncipes como vigas y techos de la casa, luego se difunde por los súbditos como por llanuras; poco después añade: «Todos se calientan como horno, y devoran a sus jueces; todos sus reyes han caído, no hay entre ellos quien clame a mí (Ibid.).»

Y como un mal pueblo no merece buenos príncipes, y por eso todo el mundo se sumerge como un solo cuerpo en la continua contaminación de los crímenes, la voz divina reprocha a través del profeta, diciendo: «¿Dónde está tu rey, Israel, que ahora te salve en todas tus ciudades; y tus jueces, de los que dijiste: Dame un rey y príncipes (Oseas XIII).» Donde también se añade inmediatamente: «Te daré un rey en mi furor, y lo quitaré en mi indignación (Ibid.).» De modo que mientras los príncipes del mundo no conservan las leyes, sino las ganancias, tampoco ninguna censura de sanciones legales refrena a los súbditos inclinados al mal. Esto sufre el mundo en nuestro tiempo, lo que se dice por Isaías: «Toda cabeza está enferma y todo corazón doliente; desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él salud (Isa. I).»

### [DE BONO RELIGIOSI ET VARIARUM ANIMANTIUM TROPOLOGIA.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que los religiosos son como ovejas arrebatadas de las fauces del lobo.

Por lo tanto, es sumamente necesario que os preocupéis, amadísimos, de dar inmensas gracias a Dios continuamente, quien os ha elegido de este mundo en un tiempo en el que se constata que es difícil que alguien pueda salvarse en él. Pues habéis cumplido lo que se ordena por Zacarías, clamando el Señor: «¡Oh, oh, huid de la tierra del norte (Zacarías II).» Y de nuevo: «Oh Sion, huye, tú que habitas con la hija de Babilonia (Ibid.).» A quienes la Verdad dice: «Yo os elegí del mundo; y porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia (Juan XV).» Pues como si una bestia feroz atrapara con sus dientes a un rebaño débil, y el pastor, sin embargo, sacara un miembro de las fauces del que devora furiosamente; así Cristo os arrebató de la boca del cruel ladrón, mientras el mundo perece, os eligió para su servicio. De aquí que se diga por el profeta Amós: «Como si el pastor sacara de la boca del león dos piernas, o el extremo de una oreja, así serán rescatados los hijos de Israel, que habitan en Samaria (Amós III).» Así, pues, no se duda que por el don de una gracia más abundante os fue concedido lo que se dice por el mismo profeta en otro lugar: «Lloví sobre una ciudad, y sobre otra ciudad no lloví. Una parte fue regada, y la parte sobre la que no lloví, se secó (Amós IV).» Pues los corazones terrenales y carnales, como si estuvieran resecos por la sequía prolongada, se secan, ya que no se infunden con las lluvias de la gracia celestial de la compunción. De la cual tierra la voz divina dice: «Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella (Isa. V).» Pero en cambio, de la mente que verdaderamente tiene sed del Señor, que desea con deseo inextinguible la fuente de la sabiduría, se dice por Isaías: «Derramaré aguas sobre el sediento, y corrientes sobre la tierra seca. Derramaré mi espíritu sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tus retoños, y brotarán en ti hierbas, como sauces junto a corrientes de aguas (Isaías XLIV).»

## CAPÍTULO II. Que los monasterios son viveros de almas.

Cuando, pues, Dios omnipotente os sacó del mundo y os estableció para servirle bajo la disciplina monástica, ¿qué otra cosa se ve que hizo, sino que, como en el diluvio de antaño, de muchos que perecían os eligió a pocos, y os introdujo en el refugio del arca embetunada (Gén. VII), para que vivierais? Pues el claustro del monasterio es un vivero de almas. Allí viven los peces, que según los edictos de la ley tienen aletas; y para ser transferidos al cuerpo de Cristo, proporcionan delicias a la mesa de los israelitas. Pues los peces que tienen aletas de escamas, suelen dar saltos incluso sobre las aguas. ¿Qué, pues, se figura en los peces con aletas sino las almas elegidas, que ciertamente solo ellas pasan al cuerpo de la Iglesia celestial; porque ahora, sostenidas por las aletas de las virtudes, desean dar saltos por el deseo celestial, para aspirar a lo alto por la contemplación, aunque en sí mismas vuelvan a caer de nuevo en la carne mortal? ¿Podemos, pues, llamar más correctamente al claustro del monasterio un vivero de peces, como se ha dicho; o también un redil de ganado celestial o ciertamente un aviario de aves por la inteligencia espiritual? Esta triple especie de animales la pone el salmista cuando dice: «Las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar (Salmo VIII).» Y el profeta Oseas la menciona cuando dice: «En las bestias del campo, y en las aves del cielo, y también en los peces del mar se congregarán (Oseas IV).» ¿Con cuál de estos tres vocablos se expresará más correctamente el cenobio? Pero como se ve claramente, sin duda todos estos tres vocablos convienen al claustro del monasterio, mientras en él se contiene la diversidad de animales espirituales, unida y fundida en el fuego de la caridad indivisa. Allí, pues, como se ha dicho, viven los peces espirituales, nadando continuamente en los ríos de las Sagradas Escrituras. Pues si no hubiera un vivero espiritual, donde no vivieran peces terrenales, sino celestiales espiritualmente, de ninguna manera el Señor habría dicho a San Job sobre la piel del Behemoth típico: «¿Llenarás la red con su piel, y el vivero de peces con su cabeza?» (Job XLVIII). Allí están las bestias de su campo, de aquel, a saber, del que se dice por Jacob: «He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al que

bendijo el Señor (Gén. XXVII).» De las bestias, es decir, de los elegidos que viven en la unanimidad de la santa caridad, dice Isaías: «Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la oveja juntos morarán (Isaías XI).» Pues por las entrañas de la santa caridad, el lobo habita con el cordero; porque aquellos que en el mundo fueron rapaces, descansan en paz con los mansos y humildes. Y el leopardo se acuesta con el cabrito, porque aquel que fue variado con las manchas de sus pecados, consiente en humillarse con aquel que se desprecia a sí mismo y se confiesa pecador. Y el becerro, el león y la oveja moran juntos; porque aquel que se prepara para el sacrificio diario a Dios con un corazón contrito; y otro que como león se ensañaba con crueldad; y otro, que como oveja perdura en la simplicidad de su inocencia, se han reunido en el redil de la santa Iglesia. Allí también están las aves del cielo; aquellos, a saber, que se elevan a las alturas con las plumas de las virtudes, y desde la cima de su mente miran cualquier cosa terrenal y la hacen pasar bajo ellos. Y mientras desprecian arrastrarse por lo terrenal bajo el yugo de la concupiscencia carnal, buscan la libertad del aire, y se suspenden a las cosas celestiales, con la contemplación equilibrada de la mente. De estas aves, el Señor habla en el Evangelio, cuando testimonia que el grano de mostaza creció en un árbol: «Cuando ha crecido, dice, es mayor que todas las hortalizas, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen y habitan en sus ramas (Mateo XIII).» Y no es de extrañar que el hombre se compare por figura de inteligencia espiritual tanto con las bestias del campo, como con las aves del cielo y los peces del mar, cuando el mismo hombre, para quien ciertamente fueron creadas las demás cosas, se dice que es toda criatura: «Id, dice, por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI).» Pues también se encuentran en los hábitos de los hombres los actos naturales de las bestias por la inteligencia espiritual; así como en los hombres se encuentra algo que pertenece a los oficios de los ángeles. Pues el omnipotente Dios, creador de todas las cosas, así como creó todas las cosas terrenales para el uso de los hombres; así también, a través de las mismas fuerzas de las naturalezas y los movimientos necesarios que infundió en los animales brutos, se preocupó de instruir al hombre saludablemente. Para que en las mismas bestias el hombre pueda aprender qué debe imitar, qué debe evitar, qué puede tomar prestado saludablemente de ellas, qué debe despreciar correctamente: para que mientras el hombre racional es instruido también por cosas que carecen de razón, camine siempre cautelosamente y por un camino sin tropiezos hacia su autor por el camino de la sabiduría. Pero para que pueda brillar más claramente lo que decimos, no nos neguemos a presentar aquí algunas naturalezas de los animales; y cómo se adaptan a los hábitos humanos, brevemente, y en la medida en que lo permite la brevedad epistolar, lo indicaremos brevemente. Sin embargo, no nos arrogamos la pericia de haber experimentado tal conocimiento; sino que solo juzgamos que lo que nos ha sido transmitido por aquellos que se han esforzado en investigar las naturalezas de las cosas, debe ser insertado en nuestras obras sin discusión y sin retractación.

### CAPÍTULO III. De la naturaleza del león.

El león, pues, siendo el más fuerte de las bestias, y, según testimonio de la Escritura, no teme el encuentro de nadie (Prov. XXXI), parece tener también de algún modo un ingenio natural de sutileza. Pues cuando es buscado por los cazadores, al percibir inmediatamente su olor, para burlar la persecución de los que lo persiguen, trama una novedad de astucia engañosa. Arrastrando la cola por el suelo, cubre sus huellas mientras camina; y así evade las trampas de los cazadores, para no ser capturado. Los cazadores son claramente los espíritus inicuos de los hombres, que ciertamente buscan como cazadores las carnes, mientras persiguen implacablemente a los hombres para que vivan carnalmente. Pero quien pertenece a aquel león, del que se dice por Jacob: «Cachorro de león, Judá, percibe el olor del cazador, porque descubre las insidias del astuto enemigo (Gén. XLIX).» Cuyo olor percibía agudamente,

quien decía: «No ignoramos sus astucias (II Cor. II).» A aquellos, por el contrario, que ignoran, de los que dice Juan: «Que no conocieron la profundidad de Satanás (Apoc. II).» Este también cubre sus huellas con la cola, que es la parte posterior del cuerpo; porque oculta la depravación de la vida antigua con el manto de la nueva conversación, como se dice: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Salmo XXXI).» Y en otro lugar: «Perdonaste la iniquidad de tu pueblo; cubriste todos sus pecados (Salmo LXXXIV).» Así, pues, el león cubre las huellas impresas con la cola, cuando la rectitud posterior cubre la vida antigua (Prov. XXVIII). A esto también se refiere, que el mismo león desprecia el alimento de ayer, y rechaza las sobras de su propia comida. Y tú, oh hombre, aborrece por completo el pecado del que te habías saciado, para que no parezcas volver como el perro a su vómito (II Pedro II). Añade que el león duerme con los ojos abiertos; así también tú, así reposa dormido del mundo, para que perseveres siempre con los ojos vigilantes en el Señor. Así se dice: «Yo duermo, pero mi corazón vela (Cantar de los Cantares V).» La leona da a luz un cachorro muerto. Que ciertamente permanece muerto durante tres días, hasta que al tercer día viene su padre, sopla en su rostro, y así lo despierta rápidamente a la vida. Que también la vida contemplativa te dé a luz muerto a este mundo, al que el Padre omnipotente infunde el espíritu de su vivificación. Y de este modo, quien resucitó al cachorro del león de la tribu de Judá al tercer día; también te devuelva a ti, entre el triduo de la fe, la esperanza y la caridad, no al mundo, sino a sí mismo, para que puedas cantar con voz libre con el Apóstol: «Vivo, pero ya no yo, sino que vive en mí Cristo (Gálatas II).»

#### CAPÍTULO IV. Del autillo.

El autillo [antaplon o aptalon] es también un animal muy feroz y violento, tanto que ni el cazador se atreve a acercarse a él, ni ningún perseguidor se atreve a aproximarse. Tiene, además, largos cuernos en forma de sierra, con los cuales puede cortar grandes arbustos y derribarlos al suelo. Cuando tiene sed, va al Éufrates a beber: cerca de este río crece un arbusto, que se llama Gericina, con ramas delgadas y extendidas. Así, el autillo, al llegar a la Gericina, mientras intenta jugar con lujuria, enreda sus cuernos en las ramas crecientes. Pero cuando, luchando durante mucho tiempo, no puede liberarse de ninguna manera, comienza a gritar con grandes voces. Atraído por estos clamores, el cazador acude, y mientras está atrapado por sus propios lazos, lo mata. Tú, siervo de Dios, que has sido advertido por los dos Testamentos, como si estuvieras invicto y armado con dos cuernos, con los cuales ciertamente puedes protegerte a ti mismo con una defensa inviolable, y ventilar robustamente a los espíritus adversarios; después de que has comenzado a desear laudablemente a Dios, la fuente viva, después de que has bebido de los ríos del gran Éufrates, es decir, del elocuente celestial, no te dediques ya a los negocios seculares; no te enredes, como un animal petulante, en las ramas de las voluptuosidades carnales; no sea que mientras estas te atan con sus lazos, de repente el adversario más malvado te ataque y te inflija una herida mortal como un cazador implacable. Pues la voz del clamor excita al cazador, cuando te enciende la llama de la lujuria. Ninguna voz de crímenes se eleva más sonoramente al cielo, de la cual se dice a Abraham: «El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado, y su pecado se ha agravado mucho; descenderé y veré si han cumplido con obras el clamor que ha llegado a mí (Gén. XVIII).» Pero para que pierdan fuerza los incentivos de las lujurias, sin duda debe evitarse la sociedad de las mujeres.

#### CAPÍTULO V. Que el aspecto de las mujeres debe ser evitado.

En cierto monte de Oriente, hay piedras ígneas, que se llaman macho y hembra, y se denominan Pyroboli. Que ciertamente cuando están lejos el uno del otro, no se encienden;

pero si la hembra se acerca al macho, inmediatamente sale fuego de ellos; de modo que todo lo que está alrededor del monte se quema con llamas ardientes. Por lo tanto, somos enseñados por las mismas piedras, que si no queremos ser consumidos por el incendio de la lujuria, debemos evitar la apariencia del aspecto femenino, no sea que de la forma vista surja una llama, que no invada en nosotros los arbustos del monte, sino de la mente.

Para extinguir, pues, el incentivo de la lujuria, es provechoso imitar también el ejemplo del castor. Cuyos testículos son muy necesarios para las curas medicinales. El castor, pues, cuando se ve perseguido por el cazador por sus genitales, los corta con los dientes, y los arroja ante la cara del cazador. Así, inmediatamente el cazador se retira, cuando ha obtenido aquello por lo que lo perseguía. Pero si sucede que otro cazador lo encuentra de nuevo, y lo persigue más agudamente y con más insistencia, lo obliga a desesperar completamente de cualquier escape, en una situación apretada, se levanta hacia el cazador, mostrando que le faltan los genitales, por los cuales es perseguido. Así, así se libera de la lanza del perseguidor, cuando muestra que le falta lo que se busca. Tú también, si quieres eludir las trampas del cazador interior, esfuérgate solícitamente por amputar de ti los estímulos tentadores de la lujuria seductora. Corta de tu pecho todo propósito de lujuria, y así rechazas como si fuera la raíz de la lujuria, cuando depones el acto de la lujuria junto con la voluntad misma. Y mientras el espíritu maligno lucha contra ti como un cazador implacable con las flechas de la lujuria, levántate inmediatamente en tus fuerzas, y muestra que te falta la materia de la lujuria, diciendo: ¿Por qué me persigues? ¿Por qué intentas atraparme por algo que ya no está en mí? He aquí que no tengo genitales, pues, habiendo amputado la semilla de la lujuria, guardo inviolablemente el propósito de la castidad. Pues mi Señor me dice por Isaías: «No diga el eunuco: He aquí que soy un árbol seco, porque así dice el Señor a los eunucos que guardan mis sábados, y eligen lo que quiero y mantienen mi pacto: les daré en mi casa, y dentro de mis muros, un lugar y un nombre mejor que hijos e hijas (Isaías LVI).» Yo, en efecto, soy de aquellos de los que dice por sí mismo en el Evangelio: «Hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos (Mateo XIX).» De este modo, pues, debe cuidarse diligentemente, para que el astuto enemigo no atraviere nuestros corazones con los agujijones de sus tentaciones, y no arranque el fruto de la castidad, o de cualquier buena obra, con el arte de su astuta trampa.

## CAPÍTULO VI. Del erizo.

La figura de esto también la representa el erizo, que ciertamente, estando cubierto de espinas por todo el cuerpo, entra en la viña en tiempo de vendimia, y ocupa el racimo que ve mejor. Que inmediatamente agita tan violentamente, que derriba todos sus granos al suelo; y luego, descendiendo, se revuelca sobre los mismos granos hasta que todos se clavan en las espinas de sus púas. Así, cargado por todas partes, regresa, y lleva estos alimentos a sus hijos. Debe cuidarse, pues, la viña de la buena obra, para que no suba sobre ella el antiguo enemigo, y derribe los granos hinchados y por lo tanto maduros de las virtudes espirituales; luego los clave con las espinas de sus tentaciones, y los ofrezca como alimento a las bestias de la tierra, es decir, a las potestades adversarias. Y así, el hombre, debilitado y frustrado en sus labores, gima exclamando lo que se lee en los Cantares: «Me pusieron por guardián de las viñas, pero mi viña no guardé (Cantar de los Cantares II).» Pues así como el racimo es despojado de sus bayas por el erizo; así el hombre incauto es despojado de sus buenas obras por el diablo. Pues el espíritu de la iniquidad, astuto y con mil formas, siempre trama nuevas artimañas de su arte, para poder no solo despojar, sino también devorar completamente a aquellos que engaña.

## CAPÍTULO VII. De la zorra.

Ciertamente, la pequeña zorra también ofrece una imagen, que al fingirse muerta, induce verdaderamente la muerte a las aves. Pues cuando tiene hambre y no encuentra ansiosamente qué comer, busca un lugar donde haya tierra roja; y cuando lo encuentra, se revuelca con todo su cuerpo en ella, para que parezca carne desnuda y ensangrentada: luego se lanza al suelo como si estuviera muerta, reprime su aliento para no respirar. Y mientras de este modo parece ensangrentada e hinchada, las aves incautas no dudan de que está muerta. Descienden entonces para comerla; pero ella, de repente, se lanza y las atrapa, devorando verdaderamente a aquellas que falsamente invitaba a devorarla. Así, el antiguo engañador expresa su ejemplo, quien, fingiendo estar muerto para aquellos que buscan ganancias carnales, les expone sus obras, como si fueran sus miembros de los cuales se alimentan: «Manifiestas son las obras de la carne, que son, como dice el Apóstol, fornicación, impureza, lujuria, avaricia, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, borracheras, comilonas (Gal. V).» Estas son claramente las entrañas del espíritu maligno, estos son los alimentos cotidianos de los reprobos y de los que viven carnalmente. Mientras los perdidos se lanzan hacia estas cosas como hambrientos, el espíritu maligno los devora como aves la zorra astuta, y los introduce en las entrañas de su cuerpo. De los cuales, ciertamente, se dice por el Profeta: «Entrarán en las profundidades de la tierra, serán entregados a la espada, serán parte de las zorras (Sal. LXII).» Parte de esta zorra era Herodes, quien era llamado por el nombre de su cabeza, cuando el Señor decía: «Id, decid a aquella zorra (Luc. XIII).» Esta zorra se escondía en aquel Escriba, como en la madriguera de su cueva, quien escuchaba de la boca de la Verdad: «Las zorras tienen madrigueras (Mat. VIII; Luc. IX).» Los hijos de esta zorra son también aquellos, a saber, los herejes, de los cuales se dice en los Cantares: «Cazadnos las zorras pequeñas, que destruyen las viñas (Cant. II).»

#### CAPÍTULO VIII. Del pulpo.

¿Y qué maravilla si los reinos del diablo parecen ser astutos como la zorra engañosa, cuando incluso en los peces se encuentra una astucia no inferior de fraude artificioso? para que, mientras el hombre es puesto por encima de todos los seres vivos, sea advertido de los peligros también por aquellos sobre los que preside. El pulpo, en efecto, encuentra una roca en las costas poco profundas, a la cual se adhiere de manera asombrosa, adoptando su color y apariencia. Cubierto así en su espalda con la semejanza de una roca, intercepta a muchos peces que se acercan sin sospecha de fraude; y mientras simplemente piensan que es una roca, los atrapa con su arte furtivo. Por tales argumentos, el robo que viene voluntariamente es engañado; y mientras no teme el fraude, ignora cómo evitar el abismo del naufragio final. Pero, ¿qué es la roca, sino Cristo? ¿qué es el pulpo, sino el hombre engañoso y perverso, y por ello hereje? Este se adhiere a la roca, y finge el esquema del color de la piedra; porque, como su maestro, se transforma en ángel de luz (Cor. XI). Se adhiere a la roca, porque aunque no por operación, al menos por profesión se une a la santa Iglesia, y devora como peces incautos a aquellos que, simples y torpes, enreda en los errores de su perfidia. Por lo cual también el Apóstol dice: «Soportáis si alguien os devora, si alguien os engaña (Ibid.).» Sin embargo, en tales astucias y fraudes de los animales a veces se encuentra el sacramento de una alegoría salvadora.

#### CAPÍTULO IX. Del hidrus y el cocodrilo.

El hidrus es un animal que habita en los remolinos de los ríos, enemigo mortal de los cocodrilos. Este, cuando ve al cocodrilo durmiendo con la boca abierta en la orilla del río, se revuelca en el lodo, para poder deslizarse más fácilmente en sus fauces con su cuerpo

resbaladizo. Entonces se lanza rápidamente en la boca del cocodrilo dormido, a quien este, sorprendido, de repente traga. Pero el hidrus desgarrá todas sus entrañas, hasta que, ya completamente muerto, sale vivo y victorioso del cadáver. ¿Qué es aquí el cocodrilo, sino que representa la figura de la muerte y el infierno? ¿qué es el hidrus, sino que insinúa la victoria del Salvador? El hidrus se envuelve en lodo, cuando nuestro Redentor se viste del lodo de la carne humana. Este entra en el vientre del cocodrilo, porque el Señor penetró las puertas del infierno. Este destruye las entrañas internas; y el Señor derriba el imperio de la muerte. Aquel, después de roer y penetrar el cadáver, regresa tras la victoria, porque nuestro Salvador, después de morder el infierno muriendo, resucitó con gloria triunfal del sepulcro. Por lo cual, a la muerte el profeta [Apóstol] victorioso insulta: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿dónde está tu agujón?» (1 Cor. XV.) Y de nuevo: «Oh muerte, seré tu muerte; seré tu mordedura, oh infierno (Oseas XIII).»

#### CAPÍTULO X. Del charadrio.

No dudamos que el charadrio también expresa la figura de nuestro Salvador, si consideramos su naturaleza maravillosa con admiración. Esta ave es completamente blanca, y no se encuentra ninguna mancha de negrura en sus plumas. Cualquiera que esté en estado de enfermedad, por la presencia de esta ave puede sin duda alguna discernir si está a punto de recuperarse, o si, con la inminente llegada de la muerte, es necesario que perezca. Pues si la enfermedad es para muerte, tan pronto como ve al enfermo, inmediatamente aparta sus ojos y no lo mira más. Y así se da el indicio de que el enfermo morirá por la incomodidad concebida. De lo contrario, si el enfermo va a vivir, el charadrio fija su mirada en su rostro, y dentro de sí concibe toda su enfermedad; luego, vuela rápidamente hacia el ardor del sol, quemando la enfermedad del enfermo al exponerse al sol, y la dispersa volando por el aire. ¡Maravilloso de ver! Inmediatamente el enfermo se levanta, y purificado de toda pesadez de las pasiones, se recupera. Que la figura de esta ave conviene a nuestro Redentor, la razón lo manifiesta con claridad. Al igual que el charadrio, Cristo es blanco, porque no apareció manchado por ningún crimen. «Porque no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca (1 Pedro II; Isaías LIII).» De quien también la esposa dice en los Cantares: «Mi amado es blanco y rubicundo (Cant. V).» Blanco por la virginidad e inocencia, rubicundo por la sangre del martirio. Quien ciertamente vino como piadoso visitante al enfermo pueblo de Israel, pero apartó su rostro de él (porque moría por la enfermedad de la perfidia e incredulidad): pero cuando miró al pueblo gentil, igualmente enfermo, fijó clementemente sus ojos de piedad en él, transfirió a sí mismo su enfermedad, y lo restauró a su salud original. «Verdaderamente, como se dice por Isaías, él llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros pecados. Y nosotros lo consideramos como leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos sanados (Isaías XIII).» Dispersó la enfermedad volando por el aire, porque venció a las potestades aéreas con sus fuerzas. Ascendió al ardor del sol, y consumió la fuerza de la enfermedad, porque al regresar al Padre, que es el sol de justicia, y devorando la muerte, ascendió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Sal. LXVII; Efes. IV).

#### CAPÍTULO XI. Del fénix.

Pero también el fénix, ave que habita en las partes de la India o Arabia, designa a nuestro Redentor en su muerte y resurrección. Él mismo dice: «Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X).» Esta ave, tan pronto como cumple quinientos años de vida, entra en los bosques del monte Líbano, y se carga en ambas alas con diversos aromas. Esto lo percibe el sacerdote de la ciudad de Heliópolis por ciertos indicios de

significación, y pronto, reuniendo sarmientos y ramitas, construye una pila; sobre la cual, cargada de aromas, el fénix desciende, y se quema a sí mismo con el fuego de los sarmientos encendidos. Al día siguiente, el sacerdote se acerca, encuentra quemados los maderos que había dispuesto: al examinar cuidadosamente las cenizas, encuentra un pequeño gusano, pero que exhala un exquisito aroma. Al regresar el segundo día, lo encuentra formando un ave con plumas y alas: finalmente, al tercer día, el sacerdote al llegar, ve al fénix completo y en perfecto estado. El fénix, por tanto, deposita sus alas llenas de la suavidad de los aromas; porque nuestro Redentor descendió del cielo con el doble aroma de ambos testamentos, diciendo: «No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V). Todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII).» Quien ciertamente primero se encuentra como un gusano; aquel que dice: «Pero yo soy un gusano, y no un hombre (Sal. XXI).» Aquel, digo, que aquel gusano señalaba, que al levantarse por la mañana mordió con su diente la hiedra puesta sobre la cabeza de Jonás, y la hizo secar (Jonás ult.). Pues con el sol de la gracia evangélica, el Señor, como un sol matutino, cortó la sinagoga, como una hiedra realmente estéril, con el diente de su sentencia estricta, y la dejó completamente marchita y seca. Luego, el fénix, cubierto de plumas y armado con las alas, se eleva al aire; porque el Señor, vencedor de la muerte, es elevado hasta el seno del Padre con las virtudes celestiales regocijándose por todas partes. De quien se dice por el Salmista: «Subió sobre los querubines, y voló: voló sobre las alas del viento (Sal. XVII).» En verdad, también nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, tenemos alas, es decir, virtudes espirituales, que si usamos valientemente, nos elevamos a las cosas celestiales; pero si por la pereza de la desidia las dejamos caer, es necesario que nos sumerjamos en las profundidades de los vicios que nos acechan.

## CAPÍTULO XII. De la sierra o serra.

El tipo de esta cosa lo tiene la sierra [serra], una bestia marina que, teniendo largas alas, tan pronto como ve un barco navegando, también ella, ceñida con las alas, se esfuerza por navegar tras el barco. Pero apenas persiste en el trabajo de esta competencia durante cuarenta estadios, se agota, y así, exhausta, deposita sus alas entre las olas del mar. Por lo tanto, obligada por el oleaje voraz, se ve obligada a volver al lugar de donde comenzó a remar. El barco que navega, claramente, señala a la santa Iglesia, o a cada alma fiel. Que ciertamente, elevada por el madero de la cruz, evita las espumantes tormentas del mundo agitado, y anhela llegar al puerto de la paz eterna con el remo de las virtudes. Pero cuando la sierra la persigue, se agota; porque cualquier alma blanda y disoluta comienza fervientemente, pero al cansarse en el trabajo, no alcanza la orilla de la perfección que había decidido alcanzar. Hay algunos, en efecto, que cuando ven a otros caminar por el camino de la vida honesta, provocados por un piadoso deseo, emprenden el camino tras ellos. Pero cuando son abrumados por el excesivo trabajo o por las olas de cualquier adversidad, inmediatamente se agotan en el trabajo; y así, a semejanza de la sierra, vuelven a donde comenzaron a navegar. De los cuales ciertamente está escrito: «¡Ay de aquellos que han perdido la paciencia (Ecli. II)!» Y el sabio dice: «Hay un amigo compañero de mesa, y no permanece en el día de la necesidad (Ecli. VI).» Pero a tales personas, los rectores de las Iglesias deben acudir con exhortación diligente, y fortalecer con el fuerte brazo de las predicaciones a aquellos que fluctúan en medio de los peligros de la tormenta que se desata, para que no naufraguen al ser tragados por el mar, mientras los confirman con la raíz inmovible de la constancia en la fortaleza de la perseverancia.

## CAPÍTULO XIII. Del erizo de mar.

Lo que también insinúa el erizo de mar, un pequeño pez, que detiene inmóvil a los grandes barcos que navegan con velas llenas. Ciertamente es asombroso cómo un pez tan pequeño en cuerpo puede detener sin moverse una mole tan enorme de un barco, de modo que parece estar fijado con raíces. El erizo, por lo tanto, fija el barco en las olas; ¿no confirmará el rector de la Iglesia las almas que fluctúan en las inundaciones de las tentaciones? Como a aquel que, con los pies tambaleantes en el mar, comenzó a hundirse, pero mereció ser sostenido por la mano del salvador, se le dijo: «Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos (Luc. XXII).» Por lo tanto, los prelados de las almas deben vigilar diligentemente, para que aquellos que una vez rescatan de los peligros del mundo, no sean nuevamente invadidos por el ladrón, ni obligados a volver a su vómito.

#### CAPÍTULO XIV. Del tigre, y lo que mística y espiritualmente se debe entender por él.

De lo cual ciertamente el tigre es indicio por cierta similitud, que, como se afirma, cuando encuentra vacío el cubil de su cría robada, rápidamente sigue las huellas del ladrón. Pero este, aunque corra con la agilidad de un caballo veloz, no duda de que puede ser superado por el vuelo casi volador de la fiera más ágil: y cuando ve que no tiene refugio abierto, maquina con astucia este engaño, cuando percibe a la fiera cerca de él, lanza una esfera de vidrio ante sus ojos; y ella, al mirar, se engaña con la imagen de su propio cuerpo como en un espejo, y cree que es su cría. Detiene, por lo tanto, su carrera, mientras desea abrazar a su cría: pero he aquí que, al descubrir que ha sido frustrada por una imagen vana, lanza todas sus fuerzas para alcanzar al jinete: pero mientras, con los estímulos, se apresura más velozmente tras el fugitivo, este le lanza otra esfera ante sus ojos. Sin embargo, la memoria del engaño no excluye la diligencia de la madre. Pues el tigre, como si fuera a amamantar a su cría, da vueltas a la imagen vacía. De este modo, el tigre es despojado, y no se toma venganza del cazador. Pero para que esto se transfiera no incongruentemente a los usos eclesiásticos, ¿qué es el cazador, sino el predicador? Por lo cual se dice por el profeta: «Les enviaré muchos cazadores, y los cazarán de todo monte y de toda colina (Jer. XVI).» ¿Y qué es aquí el tigre, sino que debe entenderse como el diablo? Robamos al tigre su cría, cuando del mundo, que es el cubil del diablo, provocamos a cualquier hombre convertido al hábito de la santidad. Cuando, por lo tanto, sentimos que el tigre espiritual nos persigue con los argumentos de sus tentaciones, le lanzamos una esfera de vidrio, cuando le mostramos hombres frágiles, donde vea su imagen. Mostrarle los suyos, es esconder a los nuestros de su pestilente visión. En los suyos, el enemigo antiguo ve su imagen, en los cuales ciertamente encuentra la depravación de su propia maldad. De estos hombres de vidrio, que reflejan su imagen, se dice en el Apocalipsis: «Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano (Apoc. XIV),» y lo demás. Esforcémonos, por lo tanto, en custodiar a los cachorros del tigre que hemos tomado; para que, arrebatados de las ubres feroces de la bestia cruel, no dejemos de alimentarlos diariamente con la leche del discurso celestial, no sea que, Dios no lo quiera, se nos pueda reprochar aquello que se dijo a los fariseos: «¡Ay de vosotros, que recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito; y cuando lo habéis hecho, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros (Mat. XXIII);» sino más bien aquello que la Verdad dice al Padre sobre sí mismo: «Porque a los que me diste, no perdí ninguno de ellos (Juan XVIII).» De lo cual también Juan dice: «Que habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin (Juan XIII).»

#### CAPÍTULO XV. Del pelícano, y lo que figura.

Cuánto amó a los suyos, lo muestra también el pelícano por la fuerza de su naturaleza. Este ave, como lo relatan aquellos que se han dedicado a investigar las naturalezas de los animales, ama a sus crías de manera incomparable, pero la ingrata descendencia no le

devuelve una justa correspondencia. Pues sus hijos, tan pronto como comienzan a crecer, atacan a ambos padres con unanimidad, quienes al repelerlos, porque no saben mantener la medida de la disciplina, convierten de algún modo la vara de la instrucción en espadas, al matar a sus hijos con excesivos golpes; al tercer día, la madre se inclina sobre los muertos, golpea su costado con el pico y lo abre, de donde el maternal flujo de sangre se derrama sobre los muertos, y de inmediato los resucita a la vida sanos. Esta cosa ciertamente no parece tanto una figura como una historia evangélica. Pues por Isaías, el Creador de los hombres se queja claramente: «Hijos, dice, engendré y exalté, pero ellos me despreciaron (Isaías I).» Quien también fue herido por los mismos hijos rebeldes, como el pelícano por sus crías, como dice por otra escritura: «Se levantaron contra mí hombres inicuos sin misericordia, buscaron matarme, y no se abstuvieron de escupir en mi rostro, y con sus lanzas me hirieron.»

El pelícano, sin embargo, al golpear a sus crías las mata; porque Dios golpeó al pueblo perverso con la grave calamidad de las cautividades y las guerras. Como se le dice por el profeta: «Los golpeaste, pero no dolieron; los quebrantaste, y no quisieron recibir disciplina (Jer. V).» Pero a los hijos ingratos se les devuelve bien por mal, cuando son llamados a la vida por la sangre materna. Pues la Sabiduría de Dios, madre de todos los vivientes, colgando en la cruz abrió su costado, y así llamó a la vida a los muertos por el flujo de su sacrosanta sangre. Pero así como las crías de esta ave, que mencionamos, expresan la dureza de la descendencia ingrata; así, por el contrario, la abubilla exhibe la figura de la piedad. Para que, así como en uno la mente discreta encuentra lo que desprecia, así en el otro la piedad cristiana aprenda lo que imita.

#### CAPÍTULO XVI. De la abubilla, el águila y la focha.

Estas aves, cuando son agobiadas por la vejez, de modo que ya no pueden volar ni ver, sus hijos, compadeciéndose de ellos con afecto piadoso, les arrancan las viejas plumas, y con sus propias alas les calientan los ojos, y acarician todo su cuerpo como untándolo y palpándolo; hasta que, renovados en todo su cuerpo, rejuvenecen con plumas que florecen por todas partes. Así, por la obediencia de la piadosa descendencia, como si florecieran por primera vez, recuperan la vista y el vuelo.

Pero, ¿por qué nos maravillamos de la abubilla mostrando entrañas de misericordia a sus padres, cuando vemos también a la focha extendiendo la piedad materna incluso al fruto de una especie ajena? Pues como lo afirman los investigadores de las naturalezas, el águila, que se dice reina de las aves, expone a sus crías a los resplandecientes rayos del sol, y suspendidos en la vastedad del aire, los sostiene con su piadosa garra. Cualquiera de ellos que conserve la intrépida agudeza de sus ojos con el vigor inofensivo de la mirada, la madre lo juzga apto para propagar la nobleza de la estirpe real. Pero si alguno de ellos, deslumbrado por el rayo del sol, desvía su mirada, es considerado degenerado e indigno de tan excelente nobleza, y es arrojado como un exheredado y espurio, no se le considera entre los hijos. Y aquel que, por la debilidad de su vista, es despojado de la nobleza, de algún modo no obtiene la herencia de la estirpe entre los hijos legítimos. Pero este polluelo de águila, arrojado de la sublimidad de su prosapia genuina, una cierta ave plebeya, la focha, que en griego se llama φήνη, lo acoge como adoptivo, y lo nutre clementemente entre sus propios hijos como si fuera natural. Y de este modo, aquel a quien el águila cruelmente hizo exheredado de la herencia paterna, esta lo adoptó como coheredero entre sus hijos con la mirada de la piedad materna.

#### CAPÍTULO XVII. De los buitres y la comadreja.

Para que, pues, armados con las virtudes en la lucha espiritual, también tomemos ejemplo de las aves, así como nos asombra la piedad de la focha, igualmente admiremos la fecunda virginidad de los buitres. Se dice que los buitres no se entregan al apareamiento como las demás aves, sino que conciben sin la intervención del sexo masculino; de modo que, si los ejemplos humanos no nos incitan a la pureza de la castidad, al menos el pudor de la virginidad de los buitres nos impulse; y no solo aquellos que nacen de esta asombrosa singularidad tienen una vida breve, sino que su longevidad se extiende hasta los cien años.

Las abejas, al igual que son inmunes al coito, tampoco se corrompen en el parto; y así como en la concepción no se mezclan los sexos, tampoco se viola la integridad virginal al dar a luz. No procrean con el vientre, sino, por así decirlo, con la boca, y permanecen completamente intactas y libres de toda corrupción. Pues recogen a sus hijos de las hojas con la boca, y así emiten el enjambre de la posteridad futura.

Pero, ¿por qué solo predicamos el milagro de la fecunda virginidad en las aves, cuando también admiramos el concepto y el parto en los reptiles más humildes? La comadreja, según dicen los físicos, concibe por la boca, pero da a luz por el oído. A esta, si consideramos digno comparar cosas humanas con seres inmundos y pequeños, tal vez podamos adecuar a algunos hermanos que, aunque no ayunan mucho, obedecen humildemente. Por la concepción de la boca entendemos el alimento, como dice la Verdad: «Todo lo que entra en la boca va al vientre y se expulsa al excusado (Mateo XV).» Por el parto del oído se significa la obediencia, como está escrito: «El pueblo que no conocí me sirvió, al oír con el oído me obedeció (Salmo XVII).» Hay algunos hermanos que, ya sea por la salud del cuerpo o por la fragilidad de la mente, apenas pueden ayunar, pero se esfuerzan fervientemente en la ejecución de la obediencia, cualquiera que sea la tarea que se les encomiende; y cuanto más vigor reciben por los alimentos, más soportan los trabajos de la obediencia. Por lo tanto, conciben el alimento como semilla al comerlo con deleite, y el fruto de ese alimento lo emiten con trabajo a través de la obediencia, como si dieran a luz por el oído. Así, la semilla que entra por la boca sale por el oído; porque, para decirlo así, el concepto del alimento produce el fruto de la obediencia; y a quien el alimento deleita al comerlo, el trabajo de la obediencia lo fatiga como si diera a luz.

La serpiente áspid, por otro lado, que se tapa los oídos a los encantamientos, simboliza la desobediencia de la mente obstinada. Pues cuando el encantador la llama a salir de su cueva, ella inmediatamente presiona una oreja contra la tierra y cubre la otra con su cola como un tapón impenetrable. Así, mientras la voz del encantador no penetra en su interior, permanece inmóvil en su cueva. La maldad de muchos hombres imita el ejemplo de esta serpiente, que, mientras aman las cosas terrenales aquí, no confían en la longevidad de la vida futura, como si pusieran tierra y cola en sus oídos para que la voz de la predicación no entre.

## CAPÍTULO XVIII. De la ascida y el alción.

Pero así como la áspid representa a aquellos que fijan su corazón en las cosas terrenales y temporales, así la ascida [asida] figura a aquellos que ponen su esperanza en las celestiales. Es un animal alado, pero incapaz de volar; también es naturalmente olvidadizo y carente de memoria; y por eso nunca da a luz, a menos que, mirando a las estrellas, vea que las Pléyades ya se elevan hacia lo alto. Así, en el tiempo estival, alrededor del mes de junio, pone sus huevos y, confiando en el calor del sol, los esconde en la arena, de modo que, mientras la madre olvida a su cría y el lugar donde los depositó, el calor del sol y la clemencia del aire incuban los huevos, y la cría emerge como si estuviera bajo el cuidado de la madre. Así, con

el sol como partera, nacen los polluelos de la ascida, como si estuvieran calentados por la madre desde arriba. Esta ave, consciente de su propia olvido, desconfía de sí misma para dar a luz, y primero levanta los ojos al cielo, para que la clemencia del aire supla a sus crías lo que la necedad materna niega. Nosotros también, para que brote en nosotros el germen de la buena obra, no dudemos en implorar el favor del Espíritu divino desde lo alto, para que infunda en nuestros corazones, que nuestra propia necedad embota, la fuerza para dar a luz una prole salvadora.

El ave llamada alción también se considera maravillosa en la puesta de sus huevos. Y así como la que mencionamos busca el calor estival para poner, esta elige el invierno, no sin las costas marinas. En el tiempo invernal, deposita sus huevos en la arena de la costa marina, cuando el ímpetu de las tormentas se eleva con más fuerza en montones, y las olas golpean con más fuerza las costas. Pero, ¡oh, maravilloso milagro de la disposición celestial! Tan pronto como el alción deposita sus huevos en las arenas costeras, por muy agitado que esté el mar, por muy sacudido que esté por la tormenta, el mar se calma con una tranquilidad pacífica. Las elevaciones de las olas caen, y todos los torbellinos de los vientos furiosos se aquietan; y mientras esta ave incuba sus huevos, el mar permanece tranquilo y quieto. Durante siete días incuba los huevos; y durante siete más, después de que nacen, alimenta a los polluelos. En este breve espacio de tiempo, crecen rápidamente y comienzan a volar con las alas. Durante estos catorce días, el tiempo es sereno, el mar tranquilo, y no sopla ninguna tormenta de vientos. La santa Iglesia tiene el tipo de esta ave, que nutre y alimenta a través del número siete; porque a los que da a luz en la fe por el Espíritu de la gracia septiforme en el bautismo, los lleva al crecimiento de la santa operación por los dones del mismo Espíritu. Pero al exponer el parto de esta ave, evitamos prolongar la demora, para no parecer que causamos fastidio a los lectores. Por lo tanto, no lo exponemos para que sea solo un milagro para los lectores, sino para que se convierta en un sacramento de inteligencia espiritual para los que lo consideran más profundamente.

#### CAPÍTULO XIX. De las palomas, el ibis y la hiena.

La naturaleza de las palomas también ofrece un milagro no común. En los confines de la India hay un árbol, llamado en griego peredixion [peridexion], cuyo fruto es muy dulce y agradable. Las palomas se deleitan mucho con este árbol, cuyo fruto las alimenta y cuya sombra las protege. Un dragón terrible las persigue con ferocidad mortal, y trata de devorarlas con la voracidad de su garganta sangrienta. Pero así como las palomas temen al dragón, el dragón teme al árbol que mencionamos: especialmente teme su sombra, de modo que si la sombra está en el lado derecho del árbol, huye a la izquierda; y si la sombra está en la izquierda, se dirige a la derecha. Mientras las palomas permanezcan bajo la sombra de ese árbol, la bestia cruel no puede dañarlas con sus insidias; de lo contrario, si las encuentra lejos, las ataca repentinamente sin ningún obstáculo. Nosotros, a quienes se nos ordena tener la simplicidad de las palomas, debemos huir al árbol de las Sagradas Escrituras si queremos evitar la rabia sangrienta del dragón interior.

Pero lo que el dragón significa, también lo indica el ibis. Es un ave de color pálido, inmundada, y contaminada con la suciedad de fetidez obscena. Se alimenta siempre de cadáveres, y habita constantemente cerca de las costas del mar, de estanques o de ríos. Busca si algo podrido o corrupto es arrojado por las aguas, para saciarse con ello, ya que teme confiarse a las olas, y como no sabe nadar, no se atreve a sumergirse en las aguas, contentándose con saciar su rabia de avidez con cualquier inmundicia arrojada por el oleaje. ¿A quién designa este ave, que rodea los extremos de las olas con la rabia del hambre, sino a aquel de quien Pedro dice: «Porque nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien

devorar» (I Pedro V)? ¿Qué significan los cadáveres de peces arrojados por las aguas, sino los corazones podridos y marchitos de los reprobos que viven carnalmente? De los cuales dice el Apóstol: «Porque son hombres reprobos, naufragios en la fe» (II Timoteo III). El mar retiene los cuerpos vivos, arroja los cadáveres; en las corrientes de las Escrituras pueden permanecer aquellos que viven para Dios; pero quien muere a la fe o a las obras rectas, debe ser vomitado, corrupto y fétido, del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, como dice la Escritura: «Porque eres tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca» (Apocalipsis III).

En verdad, porque se enfría del calor que antes había concebido, como de hombre que era, se convierte en mujer, y aquí se compara justamente con la hiena, que a veces se transforma de macho en hembra, y a veces de hembra en macho, y por eso se dice que es un animal inmundo, y por ello se prohíbe su consumo a los humanos, de la cual se dice por Jeremías: «Mi heredad se ha convertido en cueva de hienas» (Jeremías XII).

## CAPÍTULO XX. De la pantera.

La pantera, por la diversidad de su naturaleza, parece ser completamente contraria a esto, ya que es un animal de color variado, pero de aspecto hermoso y de mansedumbre sencilla, y se dice que es contraria solo al dragón. Esta pantera, después de haberse alimentado con diversas presas, se retira a su cueva y duerme: después de tres días, al levantarse del sueño, emite un gran rugido, con el cual sale un olor de tal fragancia y dulzura que parece superar a todas las especies de perfumes y aromas. Todos los animales del bosque, a los que llega ese olor, acuden inmediatamente a ella y se deleitan con el aliento de tal fragancia; pero solo el dragón, al oír su voz, se contrae de terror y se oculta inmediatamente en cuevas subterráneas, y allí, incapaz de soportar la fuerza de tal olor, queda rígido y sin fuerzas, como muerto. Los demás animales, alimentados por el olor de tan agradable fragancia, no abandonan las huellas de la pantera, adondequiera que vaya. Quien se dedica a las sagradas escrituras sabe cuántos florecimientos de exposición podría producir este tema. Pero deseamos liberarnos de esto lo más rápido posible, porque nos apresuramos hacia otras cosas. La pantera, que significa «todo lo que abarca», no dudamos que se refiere a aquel que dice: «Si soy levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan XII). Es variada, y Cristo está vestido con la variedad de todas las naciones. Y porque la pantera es hermosa, no difiere de aquel de quien está escrito: «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia se derrama en tus labios» (Salmo XLIV). Y la esposa en el Cantar de los Cantares dice: «He aquí, tú eres hermoso, amado mío, y agradable» (Cantar I). Y porque es un animal manso, también se dice de Cristo por Isaías: «Alégrate y regocíjate, hija de Sion, proclama, hija de Jerusalén, porque tu rey viene a ti, manso y salvador» (Isaías LXII). Quien dice: «Yo tengo una comida que comer, que vosotros no conocéis» (Juan IV); como si estuviera saciado con ciertas presas de los elegidos. Él, que durmió en la muerte por tres días, luego emitió el rugido de la predicación apostólica, y difundió la fragancia del olor espiritual por los bosques de todas las naciones. «Porque su sonido ha salido por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo» (Salmo XVIII). Quien también dice: «Gracias a Dios, que nos da la victoria en Cristo Jesús nuestro Señor; y ha manifestado el olor de su conocimiento por nosotros en todo lugar, porque somos el buen olor de Cristo para Dios en los que se salvan, y en los que se pierden; a unos ciertamente olor de muerte para muerte, a otros olor de vida para vida» (II Corintios II). Este es, por tanto, el olor de la gracia espiritual, esta es la fragancia de la salvación humana que la pantera celestial exhala, para atraer hacia sí a las fieras de los bosques, es decir, a la multitud de las naciones. Pero solo el dragón se sumerge en el abismo de la cueva subterránea, porque el enemigo vetusto, que según Juan se llama diablo y Satanás, ha sido arrojado del cielo y está atado en el abismo con la cadena de la sentencia celestial (Apocalipsis XXI).

## CAPÍTULO XXI. De la salamandra, la dorca y el lince.

La salamandra, aunque pequeña, se dice que tiene una naturaleza tan maravillosa que si por casualidad cae en el fuego, toda la fuerza ígnea se extingue inmediatamente como si fuera por el flujo de un agua inundante. Y para que se entienda lo que esto significa, la humildad de la paciencia reprime al hombre que vomita llamas del fervor de la venganza.

La dorca, que en latín se llama cabra montés, también ofrece un ejemplo no inútil para nuestra vida. Esta, habitando en las cumbres de las montañas, tiene la capacidad no solo de ver con agudeza, sino también de discernir maravillosamente; de modo que ve a los hombres en regiones lejanas y distantes, y distingue sagazmente si son cazadores o viajeros. Nosotros también, si abandonamos las cosas terrenales y nos elevamos a la altura de la mente, somos elevados por la gracia de la discreción otorgada divinamente para discernir los espíritus, si son de Dios; si nos dirigen como viajeros hacia la patria, o si nos empujan como cazadores hacia las trampas de sus tentaciones y los lazos de sus insidias.

El lince también tiene una agudeza visual incomparable, de modo que no solo penetra cualquier cuerpo sólido, sino también paredes de piedra. Esto se prueba de la siguiente manera: si el lince está en un lado de la pared y la carne se coloca al otro lado, inmediatamente se lanza hacia ella como si no hubiera nada en medio, y anhela que se le ofrezca. Si un animal mudo tiene una agudeza visual tan vivaz, ¿cuánto más profundamente ve Dios Todopoderoso las profundidades del corazón humano? «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos; alcanza hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos, y es capaz de discernir los pensamientos y las intenciones del corazón, y ninguna criatura es invisible en la presencia de Dios: todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos» (Hebreos IV).

## CAPÍTULO XXII. De la naturaleza de las serpientes.

Pero también en las serpientes se encuentran ciertos indicios de astucia natural, que no son inútiles para los ejemplos de nuestra vida. La serpiente, cuando envejece y sus ojos comienzan a nublarse, durante un ciclo de cuarenta días y noches no se alimenta en absoluto, sino que se mortifica con la continua abstinencia de alimento. Así, cuanto más se contrae su cuerpo por la sequedad macilenta, tanto más se afloja su piel escamosa; y mientras la carne se debilita por su corpulencia, la piel se afloja: luego busca una grieta en la tierra dura o una hendidura en la roca, y al pasar por esas estrecheces, se despoja completamente de su piel envejecida; así se renueva, y al mismo tiempo se le restaura la fuerza y la vista. Nosotros también, si alguna vez nos enfriamos del fervor juvenil del santo deseo, y nos nublamos con la vejez de una vida disoluta, pasemos por las estrecheces de la penitencia estricta, para que, al despojarnos de la piel de la concupiscencia exterior, volvamos a la novedad del hombre interior. Hay otra naturaleza de la serpiente, que cuando desea beber, primero vomita su veneno, y después de haber bebido suficiente agua, regresa al lugar donde vomitó y lo retoma.

Un presbítero relató que bajo sus ojos una serpiente vomitó sobre una piedra, luego se deslizó rápidamente hacia una fuente para beber, pero mientras se dirigía a la fuente, el presbítero movió la piedra; y cuando la serpiente regresó y no encontró el veneno que debía retomar, buscándolo aquí y allá, murió inmediatamente. Nosotros también, cuando deseamos beber de las fuentes del divino discurso, debemos vomitar todos los venenos de los vicios y caídas mediante el esfuerzo de una confesión pura. Pero no volvamos al vómito; porque no se nos

manda arrastrarnos por la tierra con las serpientes, sino apresurarnos hacia las cosas de arriba (Colosenses III). Además, es noble y muy digno en la serpiente que se dice que huye del hombre desnudo, pero ataca al vestido. Como si un guerrero fuerte atacara al armado, pero temiera al desarmado. ¿No quieres temer al diablo? Despójate de las vestiduras de las cosas terrenales. ¿Estás vestido? Teme al serpenteante. ¿Quieres, al ejemplo de la serpiente, renovarte y florecer en la belleza de la juventud del alma languideciente? Ayuna con la serpiente durante el ciclo de cuarenta días, es decir, abstente de los deseos carnales durante todo el curso de esta vida. Porque la misma serpiente muestra cuán grande es la virtud del ayuno, ya que tan pronto como prueba la saliva de un hombre que ayuna, muere inmediatamente. No te niegues, siervo de Dios, a ayunar, para que muera aquel que intenta devorarte hinchado de comida. Además, la serpiente expone todo su cuerpo a los golpes del que la golpea, pero esconde solo su cabeza. Tú también, en las persecuciones, guarda a Cristo en los secretos de tu mente; entrega tu cuerpo, si es necesario, a las manos de los perseguidores.

Se cree que hay un tipo de víbora que, si muerde a un hombre, convierte todo su cuerpo en veneno. Se dice que hay otro tipo de víbora de veneno tan fuerte que si un ave vuela sobre ella, muere inmediatamente por la fuerza del hedor que exhala. Estas tienen el poder natural de aparearse y dar a luz de una manera peculiar, de modo que el macho introduce su cabeza en la boca de la hembra, que, por la impaciencia de un amor excesivo, la muerde y la traga inmediatamente. De los ojos de esa cabeza nacen dos crías, que en el momento del parto corren los costados de la madre por ambos lados, y así, al mismo tiempo, matando y naciendo, emergen. Son parricidas antes que hijos; y por eso nunca se encuentra más de dos de este tipo.

También se dice que hay otro tipo llamado javelina, que al volar penetra repentinamente a un hombre, y lo atraviesa como si nada le opusiera resistencia. Para instruir a la naturaleza humana, el piadoso Creador otorgó diversas fuerzas y astucias a los animales brutos, para que, mediante la investigación de la sagacidad animal, podamos transferir ejemplos no despreciables a nuestras acciones.

CAPÍTULO XXIII. Del onagro, el elefante, el unicornio, el águila y la hormiga.

¿Quién enseñó al onagro a emitir rugidos durante las doce horas del día y las doce de la noche en el equinoccio del mes de marzo, y a distinguir los momentos de las horas como si fuera por el mecanismo de un reloj natural? Porque por cada hora, ya sea del día o de la noche, ruge una vez, y así indica que ha llegado el tiempo del equilibrio equinoccial.

¿Quién enseñó al elefante a amar perpetuamente la castidad? Sin embargo, cuando obligado por el mandato de la naturaleza gira la cabeza hacia atrás, como si no quisiera y con repugnancia, se une, y una vez que la hembra concibe, no vuelve al apareamiento. Ella, temiendo al dragón que la acecha ferozmente, da a luz no en otro lugar, sino en el agua, que llega hasta sus ubres. Pues si da a luz fuera del agua, el dragón ataca de repente para devorar a su cría.

¿Quién otorgó al unicornio esta nobleza, para que desprecie ser vencido por la fuerza y se deje superar fácilmente por el arte de la humildad? Nunca es capturado por cazadores, a menos que primero se recueste en el regazo de una virgen.

¿Quién enseñó a la águila este tipo de medicina, que cuando envejece y sus alas comienzan a pesarle y sus ojos a nublarse, busca entonces una fuente de agua, y volando hacia el círculo del sol, se coloca en la pureza del éter, quema sus alas al calor del sol y elimina por completo la oscuridad de sus ojos, y luego descendiendo se sumerge tres veces en la fuente, renovando así el vigor de sus alas y la agudeza de sus ojos mucho mejor que en su juventud?

¿Quién, pregunto, instruyó a la hormiga en este tipo de trilla, para que distinga los granos de las cosechas, rechazando los innobles y eligiendo el fruto de una especie más elegante? Explora diligentemente el montón de la cosecha, y desdeña la cebada como alimento para animales, pero cuando encuentra un grano de trigo, lo abraza con gusto. También predice el tiempo de serenidad venidera por ciertos indicios, y cuando ve que sus almacenes se humedecen con la humedad del aire, saca los granos que ha almacenado para su sustento y, previniendo los daños domésticos, los seca con los rayos del sol; y como si no fuera suficiente, corta los granos con su propia boca, para que no se hinchen de nuevo por la inclemencia del invierno y, al perder la esperanza de alimento, broten en hierbas.

CAPÍTULO XXIV. De la víbora, el halcón, la serpiente y el oso.

¿Quién enseñó también a la víbora que, cuando la lujuria del coito la incita, se apresure al instante a la orilla para buscar la unión con la morena marina? Así, al testificar su presencia con silbidos, la morena avanza de inmediato y se mezcla con la bestia venenosa de otro elemento.

¿Quién estableció para los halcones esta ley, para que donde anidan, en un amplio circuito, no se dediquen a ninguna rapiña, y aunque en todos los lugares no vivan sino en guerra, allí donde los vencedores llevan los despojos de los enemigos, se mantenga una paz tranquila? Pero cuando descubren que sus crías ya emplumadas pueden volar, las expulsan del nido con sus patas y pico; y como emancipadas, las alejan de su convivencia, para que desde jóvenes se acostumbren a la presa y no se vuelvan perezosas esperando alimento de sus padres, sino que desde el inicio de su primer vuelo se acostumbren a las frecuentes y violentas rapiñas.

¿Dónde aprendió además el oso, cuando da a luz crías informes, a distinguir las lamiendo con su lengua las diversas líneas de sus miembros, y a moldearlas a la imagen y semejanza de su especie, como un alfarero? ¿Quién le enseñó los instrumentos del arte medicinal, quién le dictó las propiedades de las hierbas y los remedios curativos? Pues si alguna vez es herido gravemente por golpes o incluso perforado por flechas, aplica la hierba que en griego se llama φλόμος a sus heridas, y así, con solo tocarla, elimina todos los dolores de las úlceras y se recupera a su salud original. La serpiente también, que antes nos pasó desapercibida, si sufre ceguera, se restaura a su antigua visión comiendo hinojo. Así, cuando siente que sus ojos se nublan, busca el remedio conocido y no se ve defraudada en su esperanza.

CAPÍTULO XXV. De la tortuga y varias medicinas de animales.

La tortuga, alimentada con las vísceras de la serpiente, cuando siente que el veneno también se extiende por sus vísceras, no descuida usar el orégano como remedio. La astuta zorra, cuando siente que la muerte se le aproxima, se cura con la resina que suda el pino, y con tal remedio prolonga su vida. Pues incluso los animales que aplican medicina de cosas externas, también se prueban a sí mismos tener materia curativa en sus propias vísceras. De las carnes de la víbora, llamada tyrus, no solo se confecciona la triaca, sino que se proveen diversos remedios curativos. Los segmentos de marfil se utilizan en varias curas. La hiel de la hiena devuelve la claridad a los ojos, y su excremento se conoce por curar las heridas de los perros.

Toda bestia enferma, si un perro bebe su sangre, recupera la salud. Pues el estiércol humano, como Galeno relata, es útil para muchos medicamentos curativos.

El avestruz, el camello, las ranas, los camaleones, las grullas, las cigüeñas, la hiel del águila, la sangre del halcón, el excremento y las carnes de la golondrina, a qué enfermedades traen medicina, puede decirlo aquel que se propone discutir sobre las curaciones del cuerpo. Los físicos afirman que la piel de la serpiente, que se desprende, si se cuece en aceite hirviendo, alivia maravillosamente el dolor de oídos. Los chinches, que parecen inútiles para los ignorantes, si una sanguijuela se adhiere a la garganta, al ser expuesta al humo de los chinches, se expulsa de inmediato; además, la dificultad para orinar se alivia con la aplicación de chinches. Además, las grasas de cerdos, gansos, gallinas y faisanes, cuántos medicamentos contienen, los médicos no lo ignoran. El estiércol del pavo real se conoce por mitigar el ardor de la gota. Un león enfermo, si devora un simio, se recupera de inmediato. El leopardo, si bebe la sangre de una cabra salvaje, evita la debilidad. El oso enfermo devora hormigas. El ciervo débil pide ramitas de olivo para sanar. ¿Por qué el poderoso Creador de las cosas infundió todas estas cosas en las naturalezas de los animales, sino porque a través de ellas proveyó al hombre de beneficios para esta vida? Para que, mientras las criaturas, que están sujetas al hombre, se sostienen mutuamente, todo se refiera a la utilidad de aquel que está por encima de todos. Y mientras en sus obras admira la bondad del Creador, no se quede en las cosas creadas, sino que desee contemplar al Creador. Todas las naturalezas de los animales, que hemos mencionado anteriormente, si alguien se esfuerza por examinarlas con diligencia, podrá transferirlas útilmente como ejemplos para la conversión humana, para que el hombre aprenda cómo vivir incluso de la naturaleza de los animales irracionales. Pues, como dice el Apóstol: «No es que a Dios le importe de los bueyes (I Cor. IX);» sino que cuando en los animales brutos se observa algo notable, el hombre es advertido para que lo retuerza hacia su propia consideración.

## CAPÍTULO XXVI. Del lobo y la oveja.

¿Qué es lo que hace que el lobo, si es sorprendido por tu mirada, no pueda huir; si él te sorprende, se dice que te quita la voz? Y para que te asombres más, si quedas mudo, te quitas el manto y de inmediato recuperas la palabra. Pero si el lobo te ataca repentinamente, toma una piedra y huye de inmediato. ¿Qué es la piedra, sino Cristo? (I Cor. X) a quien, si lo tomas como es digno, ahuyentarás al lobo de la maldad espiritual que te persigue; y para que te liberes sin demora, quítate tu manto mediante la confesión, para que no seas mudo, sino elocuente en la libertad de la predicación, como testifica la Escritura: «Declara tus iniquidades, para que seas justificado (Isa. XLIII).» ¿Quién, pregunto, enseñó a la oveja a temer la escasez del invierno, y por eso, como insaciable, devora las hierbas en el tiempo otoñal sin saciarse? Pues más ávidamente de lo habitual toma el pasto, y sabiendo que la hierba faltará, se llena más abundantemente mientras puede, para prepararse para la futura escasez y guardar las ganancias de su sustento antes de que la hierba verde se agote. Pero tampoco es sin razón que el elefante, formidable para los toros, tema al ratón. El león, rey de las fieras, teme al pequeño escorpión; el cual, el león, es muerto tanto por el veneno de la serpiente como por el aguijón del escorpión. ¿Y quién no se asombra de que el león, que derriba a los toros con su melena, que con el pecho erguido levanta orgulloso su terrible rostro a las fieras, tema el aguijón de un pequeño escorpión? ¿Quién consideraría indigno de admiración que el elefante, que lleva campamentos con torres llenas de soldados acorazados, caiga abatido por el golpe de un solo árbol? Pues el que sostiene sin ceder a treinta y dos hombres armados, o más, y con torres que se elevan como ciudades, cae al golpe de un solo árbol. A menudo se le tienden trampas por el marfil, cortando el árbol al que el elefante se apoya, casi hasta la mitad, para que el árbol caiga bajo el peso de su enorme cuerpo. Pero,

mientras enumeramos diligentemente algunas naturalezas de animales para vuestra edificación, hermanos míos, no debemos olvidar que no hemos emprendido un libro, sino una carta: por lo tanto, la libertad del artículo en curso debe ser contenida, la voluntad debe ser frenada; para que así la caridad sirva a la edificación, sin que la sobriedad del compendio epistolar exceda su medida. Así, vuestro monasterio, amadísimos, es un cierto paraíso, en el cual el omnipotente Creador, al colocar diversas costumbres humanas, creó como tres géneros de animales, terrestre, acuático y volátil. Esta es aquella antigua arca de significado místico, en la cual se incluyen todas las especies de animales. Este es, en definitiva, aquel vaso que Pedro vio descender del cielo con cuatro asas, en el cual había toda clase de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Pero cuando allí se dice: «Levántate, Pedro, mata y come (Hechos X);» creemos por la misericordia de Cristo que estos animales, que sois vosotros, y que son de este mundo, han sido cortados por la espada de la palabra divina y fundidos en el cuerpo de su Redentor por el ardor de la caridad perfecta.

#### CAPÍTULO XXVII. De la temeridad del vano hablar que debe ser frenada.

Pero es necesario tener mucho cuidado, porque aún no descansáis en la orilla, sino que todavía trabajáis en los torbellinos de las tormentas, para que no salga de vuestra boca el soplo de un espíritu vano, que extinga las llamas de este fuego. Pues el soplo a veces enciende las llamas y a veces las apaga, y, por así decirlo, las aviva. El hombre, cuando predica los misterios de la doctrina sagrada, sopla, y cuando se dedica a charlas ociosas; pero, así como con las palabras de edificación inflama el corazón del oyente al amor de Dios, así actúa para que se enfríe de los deseos celestiales por las palabras ociosas. Pero este soplo, que hemos mencionado, podría considerarse ridículo, a menos que se apruebe con testimonios de la Sagrada Escritura. Escucha, pues, lo que el Señor dice a través de Isaías sobre el soplo saludable: «No contenderé para siempre, ni me enojaré hasta el fin; porque de mi rostro saldrá el espíritu, y yo haré el soplo (Isa. LVII).» Escucha bajo otras palabras sobre el mal espíritu lo que dice Pablo: «Evita las palabras profanas y vanas; porque mucho avanzan en la impiedad, y su palabra se extiende como cáncer (II Tim. II).» Escucha de nuevo a Isaías soplando bien: «He aquí, dice, yo he creado al herrero que sopla en el fuego las brasas, y saca un vaso para su obra (Isa. LIV);» y de inmediato se añade sobre los vasos mutilados, que se forman en deshonra por las palabras ociosas: «Y yo he creado al destructor para destruir; todo vaso que se forme contra ti no prosperará (Ibid.).» ¿Qué es este vaso que el destructor dispersa, se declara claramente cuando se añade: «Y toda lengua que se levante contra ti en juicio, tú la condenarás (Ibid.).» ¿Qué es lo que Isaías dice aquí: «Toda lengua que se levante contra ti en juicio, tú la condenarás?» sino esto, que en el Evangelio la Verdad dice: «De toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio (Mat. XII).»

Confieso, hermanos míos, que casi nada en los monasterios me hace sospechar más terriblemente del juicio de Dios sobre los monjes. Pues con el impulso continuo del flujo, como un torrente que desciende por una pendiente, su lengua corre, y cuando suena la campana, es para ellos como si de repente un golpe les golpeará la cabeza. Sin embargo, esto lo digo de algunos, pero lejos esté de mí decirlo de todos. Porque la regla prescribe que desde Pascua hasta las Calendas de octubre, saliendo por la mañana, trabajen desde la primera hasta casi la cuarta hora, y lo que sea necesario, desde la cuarta hasta la sexta hora se dediquen a la lectura, pero algunos, posponiendo el estudio del trabajo y la lectura en todas estas horas, se dedican a charlas, y todo lo que deben a los trabajos y lecturas lo dedican a palabras vanas. Pues el hombre santo, que estableció la regla, nunca cambiaría la hora sino por la urgencia de continuar el trabajo, ni pondría la cuarta por la tercera sino para proveer al ejercicio necesario del trabajo. Pero ciertamente son también obreros de iniquidad, que ejercitan las manos de sus lenguas en palabras ociosas. ¿Acaso la lengua no tiene mano, cuando la Escritura dice:

«Porque la muerte y la vida están en el poder de la lengua?» (Prov. XVIII.) Y cuán deshonesto es que, en este don en el que el hombre es puesto por encima de todas las criaturas, el mismo dador sea ofendido más frecuentemente por el hombre. Y cuando el hombre preside sobre las demás naturalezas y las somete a las leyes de su dominio, cuán vergonzoso es que no pueda dominar una pequeña carne que encierra entre sus fauces. Por eso también dice Santiago: «Toda naturaleza de bestias y aves es domable; pero la lengua ningún hombre puede domar (Jac. II).» Ningún freno de doctor puede contener la lengua de quien no quiere refrenarse: de lo contrario, si se esfuerza y lucha, lo que desea sin duda lo conseguirá. Además, que todos los animales estén sujetos al dominio humano, lo testimonia la voz divina hablando a Noé: «El temor y el miedo de vosotros estará sobre todos los animales de la tierra, y sobre todas las aves del cielo, con todo lo que se mueve sobre la tierra; todos los peces del mar están entregados en vuestra mano (Gen. IX).» Pues para que admiremos más que incluso las serpientes sean domadas por el hombre: Plinio testimonia que una serpiente áspid, la más feroz de las serpientes, fue domada por un cierto padre de familia en Egipto, y solía salir de su cueva diariamente a su mesa para recibir alimento. Marcellinus también escribe que un tigre domesticado fue enviado al príncipe Anastasio desde la India. Con este ejemplo, el apóstol dice adecuadamente: «Todos los géneros de fieras se encuentran en la lengua (Jac. III).» Allí se encuentra la ligereza de las aves, la ferocidad de las bestias, el engaño virulento de las serpientes. Son volátiles aquellos que abren su boca al cielo, y cuya boca ha hablado vanidad (Sal. CXLIII), como la ligereza de las aves; son bestias feroces aquellos que han afilado sus lenguas como espada (Sal. LXIII); finalmente, son serpientes aquellos de quienes se dice que, «el veneno de áspides está bajo sus labios (Sal. XIII).» Donde se dedica a necedades superfluas, y como si se acumularan símbolos con palabras ociosas, no se perciben los discursos de los hombres, sino como una vociferación multiforme de bestias. Él es, sin duda, de quien se dice en el Cantar de los Cantares: «Mi amado mira por la ventana, observa por las celosías (Cant. II).» Y él mismo a través del profeta: «Atendí, dice, y escuché; nadie habla lo que es bueno (Jer. VIII).»

#### CAPÍTULO XXVIII. Del cangrejo y el ostra.

Pero para que nuestro discurso no se aparte de la materia que una vez comenzó, y prosiga los vicios de los habladores con ejemplos de animales que no hablan; nunca el hidrus entra en las fauces del cocodrilo, a menos que lo encuentre bostezando. Pues si mantiene la boca cerrada, no teme el ataque del insidioso. El aulopus, cuando grita, invita inconscientemente a su propia destrucción a las espadas del cazador, lo cual, mientras guarda silencio, engaña la diligencia del perseguidor con la apariencia de su huida. Y para que introduzca esto, lo que el cangrejo hace al ostra, a menudo el diablo lo hace al monje. Pues el cangrejo, ya que se deleita en comer ostras y se alimenta de sus carnes como de manjares, vale la pena escuchar qué trampas les tiende. Pues, aunque ansioso de alimento, es astuto al prever el peligro, ya que, siendo difícil, es también peligrosa la caza. Difícil, porque la carne interior está protegida por conchas más fuertes; peligrosa, porque si el cangrejo introduce sus pinzas, al cerrarse de inmediato el díptico de las conchas, queda atrapado sin posibilidad de escape. ¿Qué hace entonces para obtener lo que desea? ¿Cómo cumplirá los deseos de su corazón, sino recurriendo a los argumentos de un engaño exquisito? Así, observa astutamente si en algún momento la ostra se abre en lugares resguardados de todo viento hacia los rayos del sol; entonces el intruso clandestino introduce un guijarro, y con la interposición del obstáculo impide el cierre de la ostra; y así, encontrando las conchas abiertas, introduce sus pinzas con seguridad y devora las entrañas de la ostra. ¿Qué podría significar más adecuadamente la ostra que el monje? Que ciertamente vive mientras está encerrado bajo la censura del silencio; pero parece cuando se abre desmesuradamente para hablar: al igual que la ostra que,

cuando no se abre, conserva su alma intacta; pero cuando habla sin freno, se vacía de las entrañas de la vida. ¿Qué significa el guijarro que se introduce en la ostra para que no se cierre, sino la dureza de la costumbre, que endurece a alguien para que no se ablande en penitencia? Pues como un guijarro, la mala costumbre impide que quien se dedica a necedades se libere de su vanidad. ¿Qué es, en figura, el cangrejo que naturalmente camina hacia atrás, sino el espíritu apóstata, que, una vez que se apartó del Creador, nunca dejó de retroceder? Por eso se interpreta diablo como fluyendo hacia abajo, porque así como se dice de los santos animales que sus pies eran rectos (Ezequiel I); así los pies del diablo y sus seguidores siempre están torcidos hacia atrás.

## CAPÍTULO XXIX. De la simia, y cómo puede ser capturada.

Y dado que el discurso se ha introducido sobre los pies, así como el cazador atrapa al simio, así a menudo el astuto emboscador atrapa el alma. Y aunque no lo encontré escrito, lo escuché de la boca de quien lo relataba, que quien busca capturar un simio vivo primero se confecciona zapatos de color púrpura, a los cuales les añade suelas de plomo; y cuando ve al simio a distancia, mientras este lo observa, se ata los zapatos con correas rojas, y de este modo le enseña, como un maestro, lo que debe hacer después; luego, soltando los zapatos en secreto, se esconde cerca del lugar como un explorador astuto. El simio, creyendo que el cazador se ha ido, imita la acción humana y se pone los zapatos en sus propios pies, atándolos fuertemente con las correas; pero he aquí que el cazador salta de su escondite y captura a su discípulo atrapado en sus propias ataduras. Así, a menudo el espíritu maligno, a través de su vasallo, es decir, cualquier persona malvada y atrevida, enseña a los hombres inocentes a ser atrapados en las ataduras del pecado, para que, al exhibir el mal ante los que lo observan, los invite como guía y maestro, y mientras el imitador sigue el mal, sea atrapado en sus propias trampas.

Pero también ahora se presenta lo que el señor Papa Alejandro me contó hace menos de un mes, por así decirlo. Dijo que recientemente el conde Guillermo, que vivía en las partes de Liguria, tenía un simio macho, que comúnmente se llama maimo, con el cual su esposa, siendo completamente impúdica y descarada, jugaba lascivamente. Pues yo también vi a dos de sus hijos, que la loba culpable había engendrado con cierto obispo; omitimos mencionar el nombre de dicho obispo, porque no nos regocijamos en señalar a nadie con infamia. Así, cuando la mujer a menudo jugaba con la bestia descarada, la abrazaba, la acariciaba con abrazos, y él, no obstante, mostraba ciertos signos de lujuria y anhelaba llegar a su carne desnuda con ciertos gestos, su doncella le dijo: Permite, si te place, que haga lo que quiera, para que quede claro lo que intenta hacer. ¿Qué más? Lo permitió, y lo que es vergonzoso decir, la bestia se acostó con la mujer; luego se convirtió en costumbre, y el comercio de un crimen inaudito se arraigó. Un día, mientras el conde se unía a su esposa de manera conyugal, el maimo, como si fuera incitado por un espíritu celoso, saltó sobre ambos; al hombre, como rival, lo agarró con los brazos y las uñas afiladas, lo mordió y lo laceró irrecuperablemente. Así, el conde fue asesinado. El hombre inocente, mientras guarda la fidelidad del lecho conyugal a su esposa, mientras alimenta a su animal con gastos diarios, no sospecha nada adverso de ninguno de los dos, ciertamente quien ofrecía la clemencia del deber. Pero, ¡ah, crimen! la mujer viola vergonzosamente el derecho conyugal, y la bestia blande la espada en el cuello de su amo.

En verdad, recientemente fue traído al mencionado papa, y también a nosotros, un niño algo grande; y aunque ya, como se dice, de veinte años, sin embargo, completamente mudo y similar en forma al maimo, de modo que se le llama con el mismo nombre. De donde podría

surgir una sospecha siniestra, si tal, no diré ya bestial, sino portento funesto, fuera alimentado entonces en la casa paterna.

### CAPÍTULO XXX. Del cetáceo.

Pero mientras hablamos de la infidelidad vergonzosa de la mujer, también se nos recuerda aquel cetáceo marino que, ciertamente, lleva arena sobre su enorme cuerpo, y eleva su lomo sobre las olas, de modo que, como una isla, sobresale de las olas marinas. Creyendo sin dudar que es una isla, los remeros se acercan, clavan estacas, detienen la nave, preparan fogatas, pero la bestia, tan pronto como siente el calor del fuego, se sumerge inmediatamente en el abismo y devora la nave y a los marineros en un naufragio funesto. Pues también Gerardo, nuestro monje, relató haber visto una ballena capturada en las costas de Normandía, de cuya lengua se cargaron catorce mulas sin dificultad. Pero para volver a otro tema del que me desvié, ¿qué maravilla que el marinero no encuentre fidelidad en la bestia, cuando el hombre no la encuentra en su propia esposa? ¿Qué maravilla que la bestia muda, fingiendo ser una isla, se hunda en las tormentas, cuando la mujer, violando la fidelidad conyugal, se expone a abrazos bestiales? ¿Qué hay tan nuestro, y tan de nuestro propio derecho en este mundo, que no pueda ser sospechoso de faltar por diversos azares?

En nuestros tiempos, escuché que ocurrió lo que narro. Un pescador colocó a su pequeño hijo en la proa de su bote, y avanzando en las aguas capturó una anguila de gran tamaño. Alegre, arrojó la presa al bote, de modo que su cabeza se volviera hacia el niño, y el niño se sentara frente a ella. Pero mientras el pescador, concentrado en remar, se esforzaba por regresar, y alegre por el éxito de su buena fortuna no tenía preocupación, el niño, asustado por la vista del pez, exclamó tristemente: Me está mirando, ya me va a devorar la bestia. A lo que el padre, bromeando, respondió: Tú, dijo, cuando lo devoraste, no él a ti. Y aunque el niño repitió lo mismo por segunda vez, pero el padre consideró sus palabras como tonterías, finalmente el pez, levantado en el aire, atacó violentamente al niño, y repentinamente lo agarró, sumergiéndose con su presa en el agua, y ninguno de los dos volvió a aparecer.

### CAPÍTULO XXXI. Breve conclusión del opúsculo.

He aquí, hermanos míos, ¿cuál es en este mundo la posesión tan segura en la que podamos confiar; qué derecho es nuestro, que no debamos considerar como una rueda voluble? Esta rueda Salomón enseña que debe ser evitada, y que siempre debe estar presente la memoria del Creador. Quien al decir: «Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que venga el tiempo de tu aflicción;» añadió poco después: «y se rompa la rueda sobre la cisterna, y el polvo vuelva a la tierra, de donde era (Eclesiástico XV).» Evitemos, por tanto, confiar en cualquier posesión inestable, o aplicar como remeros inexpertos a la arena de una isla engañosa. Acerquémonos, pues, a Cristo, el puerto más seguro para los navegantes, y liberados del peligro marino, que la lengua de los que hablan proclame solo a aquel que es refugio de fe y de descanso seguro, quien dispone y ordena las leyes naturales de los mudos, para que en todas las criaturas se proclame solo la virtud y el poder del Creador.

Bendito sea el nombre del Señor.